

PERSONAJE PROFESOR Y BILDUNGROMAN EN LA OBRA DE WENCESLAO FERNÁNDEZ FLÓREZ

FERMÍN EZPELETA AGUILAR

Universidad de Zaragoza

Resumen: En este artículo se analiza el interés por lo educativo que Wenceslao Fernández Flórez proyecta al conjunto de su obra narrativa a través de dos recursos expresivos recurrentes. De un lado, la continuada presencia del personaje profesor o docente; y, de otro, la formalización, también sistemática, del esquema narrativo de novela de formación.

Resumo: Neste artigo analízase o interese polo educativo que Wenceslao Fernández Flórez proxecta ao conxunto da súa obra narrativa a través de dous recursos expresivos recurrentes. Dun lado, a continuada presenza do personaxe profesor ou docente; e, doutro, a formalización, tamén sistemática, do esquema narrativo de novela de formación.

Abstract: The pedagogic will that Wenceslao Fernández Flórez projects to his narrative work through two expressive recurrent resources is studied in this article. On the one hand, his continued witness of the character professor or teacher; And on another one, the formalization of the narrative scheme of novel of formation.

Palabras llave: Wenceslao Fernández Flórez. Educativo. Novela.

Palabras chave: Wenceslao Fernández Flórez. Educativo. Novela.

Key Words: Wenceslao Fernández Flórez. Educational. Novela.

INTRODUCCIÓN

Indudablemente la obra novelística de Wenceslao Fernández Flórez se conforma como un corpus importante dentro de la serie literaria, que invoca explícitamente a lo educativo. A pesar de lo cual la crítica, con excepciones relevantes,¹ no le ha prestado mucha atención.² Se trata de una obra de difícil clasificación, en tanto que se hace problemática su homologación con la de otros escritores coetáneos fuertemente intelectualizados. No es en absoluto una recidiva de costumbrismos de generaciones del siglo XIX, aunque pueda ser etiquetada como costumbrista (más en sus dos

¹Sigo de cerca el libro de José-Carlos Mainer, *Análisis de una insatisfacción: Las novelas de W. Fernández Flórez*, Madrid: Castalia, 1975. Sobre todo, en lo que se refiere a la valoración global de la obra del escritor y a la periodización y clasificación de sus novelas.

²Hay mucha desproporción entre el éxito popular de la narrativa del autor y la consideración de la misma por parte de la crítica (D. Villanueva, 1985: 33). La edición del volumen de estudios dedicados a este escritor y editados por el Ayuntamiento de La Coruña (2002), ha supuesto no obstante un nuevo aguijón que estimula la revisión de alguno de los valores literarios del autor, a veces preteridos.

últimos grandes periodos; y más aún, como “costumbrismo utópico”).³ Se ubica entre la generación del 98 y la del 14, con conexiones por tanto con todo un grupo de escritores denominados como “generación acumulativa del 98”; pero, por encima de todo, con unos rasgos de singularidad que lo diferencian netamente de los otros autores. Hay una preocupación por lo educativo plasmada a lo largo de su obra (también la de no ficción) que se manifiesta, entre otros, en dos aspectos que consideramos a continuación: el tratamiento de la figura del personaje profesor y la formalización novelesca del modelo *Bildungsroman*.

DOS NOVELAS DE LA ETAPA NATURALISTA-SIMBOLISTA CON CARICATURA DEL PERSONAJE PROFESOR: “LA PROCESIÓN DE LOS DÍAS” (1914) Y “SILENCIO” (1918)

Las narraciones del primer ciclo “naturalista-simbolista” guardan tan estrecha relación con algunas de las novelas de formación noventayochistas de 1902 (*La voluntad, Camino de perfección*) que se convierten a veces casi en correlatos de las mismas.⁴ Fernández Flórez incorpora en ellas el ingrediente generacional autobiográfico para novelar una historia de frustración educativa extrapolable a todo un país, corroborando así una querencia, desde el principio, por la búsqueda de formas genéricas afines al *Bildungsroman* para verter los asuntos. Mainer llega a hablar (1971: 23-42; 1975: 121) de noventayochismo de Fernández Flórez, que en estas novelas es capaz de transmutar la estética naturalista en estructuras nuevas con ingredientes simbólicos. Sin embargo, el grueso de la narrativa del escritor difiere del tenor de las novelas noventayochistas y novecentistas. Y vamos a comprobar cómo Fernández

³Dentro de la denominación de “costumbrismo utópico”, establece Mainer (1975: 102) una divisoria de novelas y relatos, marcados por las notas de humor y de crítica, en una primera fase; y por los rasgos de autodefensa y contradicción, en una segunda. Dentro del primer grupo se incluye *El secreto de Barba Azul*; y dentro del segundo, *El bosque animado*.

⁴J.C. Mainer (1975: 102) vincula especialmente *La procesión y los días* y *Volvoreta* con las novelas de 1902 y con otras como *Las confesiones de un pequeño filósofo* o *Tinieblas en las cumbres*.

Flórez se dispone a satirizar las novelas educativas de aquellos escritores, al troquelar de forma grotesca la figura del intelectual (como de otra manera había hecho Galdós en su novelística tardía)⁵. Y es que, en efecto, la presencia del personaje profesor en el ciclo naturalista lleva aparejadas unas virtualidades sintomáticas de todo el cuerpo ideológico y literario del escritor.

El tratamiento de la materia educativa puede observarse, como en ninguna otra narración de esta primera época, en *La procesión de los días*, novela complementaria de la siguiente y más conocida, *Volvoreta* (1917). El autor recurre a la figura del profesor como personaje secundario, que no va más allá del “tipo”, para convertirlo en un “oponente” más del protagonista, héroe intelectual ridiculizado. De ambientación netamente gallega, narra casi un año de la “sucesión de los días” del protagonista, Carlos Herrera, oficinista destinado a una pequeña ciudad marinera y militar situada en una de las rías plácidas de Galicia (El Ferrol). El *leitmotiv* de la historia es el “tedio pegajoso” que aqueja al protagonista y del que no se puede desasir. Es más, el ambiente de la pequeña población empuja a Carlos, de acuerdo con una suerte de leyes deterministas propias del Naturalismo, a la consunción final. Toda la población respira en torno al pequeño salón de sociedad que es el casino; y de ese espacio surgen los personajes que acompañan a Herrera durante ese periodo iniciado en primavera y concluido en el invierno de ese mismo año.

El autor se muestra hábil en el esbozo de tipos que presentan el ingrediente humorístico. Y de ahí surge la figura del profesor catedrático de Instituto que es después el destinatario del manuscrito de la novela *Volvo-*

⁵Las novelas galdosianas de la etapa de vejez, cuyo ejemplo más significativo es *El caballero encantado* (1909), han sido consideradas por algunos críticos (especialmente Peter Bly, 1979) como sátiras de la figura del guía intelectual, e incluso de la propia retórica regeneracionista, en unos momentos en los que el género regeneracionista está pasado de fecha.

reta,⁶ como se atestigua en una carta prólogo inicial escrita por el autor. Se trata de un personaje puesto al servicio de distorsionar grotescamente la pretendida aventura intelectual seria que sirve de móvil en la novela. Y puede aparecer así descrito a la usanza de las mejores caricaturas galdosianas de los conocidos personajes maestros:⁷ “Fiaño, asentía, moviendo la enorme cabeza calva, en la que unos mostachos formidables hacían resaltar la ausencia total de pelo en lo sumo del cráneo, y en la que unos ojos minúsculos se cerraban sin gran esfuerzo a cada instante, como si huyesen a contemplar, orgullosos, la ciencia acumulada en el cerebro de su propietario” (31).

Todo un anticipo de lo que va a dar de sí el personaje, que de ninguna manera va a poder convertirse en “coadyuvante” del héroe en la tarea de clarificación intelectual. Es catedrático de Historia, pero nada se nos dice de la labor real como profesor. Todo parece indicar que ésta no tiene existencia, por más que el narrador aluda a unos compañeros profesores que acuden a escuchar la conferencia que pronuncia. Toda la actividad profesoral se desarrolla de forma grotesca; en el casino; en el Ateneo, en su pugna por presidirlo y de la que sale perdedor clamoroso frente al indiano Alvarellos. O bien, en el periódico local *El Clamor*, del que es colaborador ocasional (también lo es de un periódico rival de signo radical); e incluso, y para elevar aún más el listón de la caricatura, tratando de presidir al novedoso equipo de fútbol, con incorporación de la nueva jerga vanguardista de este deporte.

El episodio central en el que se manifiesta la burla más ácida por parte del autor es el de la mencionada conferencia del Ateneo en torno al tema “Lo que cantan las piedras”. Ahí se pone de manifiesto la pedantería

⁶Ver edición de J. C. Mainer, W. Fernández Flórez, *Volvoreta*, Madrid: Cátedra, 1989. Para *La procesión de los días*, sigo las *Obras Completas*, I, Madrid: Aguilar, 1954, págs. 25-150.

⁷Recuérdense las geniales descripciones de uno de los personajes secundarios galdosianos mejor logrados, Don José Ido del Sagrario, personaje recurrente pero que en *El doctor Centeno* (1883) se produce como maestro de la escuela gobernada por el sacerdote Polo, retratado eficazmente mediante técnicas que tienden a presentarlo en actitud de dramatización.

del profesor y se subraya irónicamente el ideario de un Fiaño que anhela un “celtismo” pasado.⁸ Es decir, con profesores así cualquier consideración sería sobre educación sobra. En su disertación el profesor despliega en catarata una verborrea retórica y difusa sobre el “druidismo”, transcrita en estilo indirecto libre por el narrador: “Él iba a hablar del druidismo. Las seculares encinas que presenciaron los ritos de los sacerdotes celtas, se secaron ya, pero quedaban aún en los campos gallegos vestigios ciertos del paso de aquella religión ancestral e intuitiva que preconizaba también la inmortalidad del alma” (77).

Se sirve otra eficaz descripción del profesor complementaria de la inicial:

Fiaño, cerrados los ojos diminutos, temblante de entusiasmo el formidable bigote, atronaba el recinto con su voz (...) veía él, no la mezquindad del saloncito, ni el menguado papel azul, ni los rostros familiares de los oyentes, ni la impresión oficinesca que daba la oleografía del rey, sino un concurso de sabios varones y de damas de pro, anhelantes, y la amplitud teatral de un salón académico; calvas relucientes y doctas, escotes solemnes y, en una mesa cercana, un apretado grupo de taquígrafos sudorosos sobre el papel... Esto veía. Así, su empaque científico se acrecentaba (77).

Pero este profesor no tiene nada de Don Quijote; es un elemento más “radicado” en la hipócrita sociedad pueblerina diseccionada por el autor. Y así, cuando todo el pueblo cree que el catedrático trabaja en su gabinete de noche, lo que hace —según se desprende de los comentarios editoriales de la novela— es prepararse para acometer a la criada:

El propio Herrera imaginaba también la enorme cabeza calva inclinada con pesadumbre sobre algún volumen donde el docto señor indagase los viejos arcanos del druidismo o desentrañase del negro vientre de los tiempos

⁸Mainer (1975: 133) entiende este episodio como reflejo irónico de la eclosión galleguista de aquellas fechas, en torno a revistas regionales en las que colaboran los patriarcas intelectuales de Galicia, tanto en una línea conservadora arqueológica, como en la más radical cercana a la revista *Nós*. Hay un sustrato folclórico gallego en la obra de Fernández Flórez, tal y como ha señalado Díez Figuroa (2002: 61-70).

preciosas revelaciones...” ¡Oh! ¡Cómo se irían reuniendo en las albas cuartillas, bajo los mostachos, abundantes y negros, las invisible partículas del polvo de los siglos, hasta formar, clara y distinta, la huella delatora de un hecho cierto!... (119).

Carlos Herrera es testigo a continuación de cómo se funden en un abrazo y se adentran en el interior la criada “jamona y coloradota” y el doctor (120).

El autor se sirve de este personaje para dar un paso más en la “desacralización” de cualquier intento regenerador de una sociedad tan férreamente anclada en la rutina de la “procesión de los días”, caracterizada por una hipocresía hipertrofiada. Y todo ello bajo el esquema de *Bildungsroman* a la manera de novelas paradigmáticas como *La voluntad* o *Camino de perfección*. Sin embargo, se aprecian diferencias con respecto a los planteamientos de Azorín o Baroja, pues lo que en estos dos es una frustración intelectual de unos héroes medianamente preparados y algo más jóvenes, en la novela de Fernández Flórez se antoja una versión irónica del propio esquema de la aventura del héroe intelectual. Carlos Herrera, por mucho que apele a la reflexión ontológica e indague acerca de la búsqueda de un proyecto vital, está adornado de prendas intelectuales más bien escasas. Y se antoja que es en el cotejo de los personajes “pedagogos” o “guías” donde se evidencia mejor la distancia entre los universos literarios. El Yuste azoriniano, por ejemplo, aunque en el fondo sea un maestro fracasado que no acaba de ayudar al héroe a remontar el vuelo, adquiere un perfil de venerabilidad y de altura intelectual si se le ha de comparar con “el ilustre catedrático de Historia” ideado por Fernández Flórez.⁹

⁹Precedente literario de personaje novelesco profesor de Instituto es el catedrático Máximo Manso, que da nombre a la novela de Galdós de 1882. De acuerdo con la filosofía de Krause, tiene asignada una misión de redención mediante el perfeccionamiento interior personal. Aunque pueda haber en Galdós sátira profesoral, los rasgos de ingenuidad y bondad del profesor sitúan a este personaje en los antípodas del profesor Fiaño. Lo mismo puede decirse de otro personaje profesor de Instituto, el protagonista de *Zurita*, en el conocido

La novela *Silencio* (1918),¹⁰ más breve que *Volvoreta* o *La procesión de los días*, es una de las obras maestras del autor.¹¹ Narrada por una tercera persona omnisciente, cuenta la historia de una degradación y el aniquilamiento de una voluntad, de forma más radical que en las anteriores novelas. El personaje principal es un joven, recién licenciado en Letras, que regresa de Oviedo a su pueblo marinero gallego. Allí, a pesar del esplendoroso futuro que promete (da su primera conferencia en el Ateneo de la localidad, y se habla de él como candidato serio a obtener una cátedra, o a convertirse en alcalde), no supera la adicción al alcohol, contraída ya en su etapa de universitario y ahora, en su primer año de vuelta a casa, intensificada peligrosamente.

Huérfano de padre e hijo único, se había concedido un año de relax, con la anuencia de su anciana madre. Pero Daniela, la buena novia local, que lo adora, anima al mozo a que marche durante todo un año al Manicomio de Conjo, a sugerencia del médico, para desintoxicarse de la adicción, convertida ya en enfermedad. Las cartas entre los novios dan testimonio de que el enfermo puede sanar. Y, en efecto, pasa el año y vuelve al pueblo regenerado. Consigue un puesto como profesor de Retórica en el mejor colegio de la localidad, de modo que el trabajo va a constituir la prueba de fuego de su definitivo fortalecimiento de voluntad.

cuento de Clarín (en *Pipá*, 1886), con recreación asimismo de la influencia del movimiento krausista en la enseñanza de la época. Aquiles Zurita es un eterno estudiante que aspira a obtener una cátedra de Instituto de la asignatura de Psicología, Ética y Lógica. Inequívocamente positivo es el héroe de la novela regeneracionista de Pascual Queral y Formigales, *La ley del embudo* (1897), Gonzalo Espartaco, presentado como modelo de profesor dotado de capacidades extraordinarias para derrotar al cacique. Aparece éste perfilado como joven licenciado en Filosofía y en Derecho, catedrático de Instituto de Infundia (Huesca), y con vigor intelectual y físico, de acuerdo siempre con el desiderátum de las nuevas pedagogías.

¹⁰Cito por *Obras Completas* I, Madrid: Aguilar, 1954, págs. 531-596.

¹¹“Se trata de una de las narraciones más intensas y coherentes del escritor” (Mainer, 1975: 170).

Pero, muerta la madre, vive como un “señorito” bajo el cuidado de una criada que no le reprueba nunca ningún comportamiento. Pide la mano de Daniela; tiene idea de preparar cátedras (546) y de estudiar con ahínco para conseguir el doctorado. Por el momento consigue trabajar ya en el mejor colegio de la localidad como profesor de Retórica y Psicología (546). Sin embargo, cede en un momento dado a las tentaciones que le presentan los amigotes y “aquella noche Félix Millán volvió ebrio a su casa” (558). A las borracheras se van a unir ahora las sesiones espiritistas que llevan a cabo los abúlicos amigos en un restaurante de ínfima categoría. Por lo que empiezan a manifestarse los efectos negativos de las borracheras en su actividad profesional, en forma de impuntualidad (567). El director lo amonesta en un momento determinado, pero las juergas de los “alcohólicos” siguen produciéndose.

Una mañana, Félix Millán pone en evidencia en la propia clase de Retórica su problema y es objeto de burla por parte de los alumnos. El autor aprovecha la ocasión para la descripción convencional del aula junto a la glosa de la anécdota cruel de la confusión de los apellidos de los escolares con los términos de retórica:

Cuando los alumnos se acomodaron en las gradas y cesó el bullicio, las despiertas miradas fijas en él se turbaron un poco. Al leer los nombres de la lista, advirtió insegura su voz y silabeó espaciosamente. El apellido Goróstegui se le atravesó, sin embargo. Los alumnos rieron y él rió también, sin alzar sus ojos del cuaderno.

¡Caramba! –observó mentalmente, estoy muy borracho!(...)

–¡Fíjese usted, señor Díaz! ¿Qué figura es ésa?

Enmudeció el alumno Díaz.

–¿No ve usted ahí una sine..., una...?

Quería decir *sinécdoque*; pero le fue tan imposible como si la palabra hubiese quedado atornillada en la lengua. Se obstinó, dijo *sinoque* y *senique*, y también *sinecta*... Su lengua se revolvía torpemente. Lo arbitrario de las denominaciones y sus gestos de lucha con el vocablo rebelde provocaba la hilaridad de los alumnos. Cada nueva palabra era un creciente rumor de risas. Por último, Félix descargó un puñetazo sobre la mesa con el aire indignado de quien al fin atrapa una mosca molesta, largo tiempo perseguida. Gritó:

–¡Sinecdota, porra!-

Y estalló una carcajada unánime. Díaz, en pie aún, reía más que nadie, con los brazos caídos y el libro abierto en sus manos. Félix recorrió los bancos con la mirada de sus ojos enrojecidos. Luego ordenó:

-Señor Díaz, se quedará usted una semana sin recreo. (578).

Otro día se evidencia el patetismo de forma más cruda aún, cuando el profesor vomita en la propia aula:

-¡Eh, don Félix!- ¡Eh... señor Millán!

Despegó con esfuerzo los párpados y miró. En pie, junto a él, el director del colegio le sacudía fuertemente. Alzó la cabeza, aún sin comprender, y vio el aula, ya sin alumnos, y tras el director, la figura, huesosa y mefistólica del profesor de geografía, y el bedel, con una espuerta de serrín en las manos. Félix se levantó trabajosamente, tambaleándose. (...)

-¿Qué pasa, Pedro?

-Nada, señor.

Y el bedel desparramó unos puñados de serrín bajo la mesa del profesor, precisamente donde Millán había creído arrojar la cabeza del espiritista (580-581).

Expulsado del colegio y aplazada su boda, es Daniela la única voz que desaprueba su comportamiento. Quiere llevar a su novio a una aldea de Pontevedra a vivir tranquilamente, lejos de las tentaciones. Pero se ha desmoronado ya una vida y una dignidad. La última gamberrada de la serenata fallida a Daniela, en medio de gran escándalo, es el aldabonazo final que incita a la familia de la novia “en bloque” a trasladarse a Barcelona para evitar a Félix Millán. Sobreviene el “silencio” hondo y frío con la voluntad del héroe convertida en cadáver.

Novela, pues, que retoma el esquema del anti-*Bildungsroman* a la manera de *La procesión de los días* para ahondar todavía más el foso iniciado en las primeras obras. Es decir, el aniquilamiento es total; la borrachera (por aquí hay naturalismo) se constituye en el agente desencadenante de la degradación. Y el ambiente abúlico y vacío que se había sondeado antes, aparece aquí destripado y juzgado de forma cruel.¹²

¹²Recuérdese que Iván Bunin recrea en su novela corta *El maestro* (1894) el motivo del profesor alcoholizado y despreciado por la sociedad rusa del XIX.

La figura del profesor es recuperada por el novelista para asignarla al personaje principal. Si el personaje secundario de las novelas anteriores, *Fiaño*, suponía ya un contrapunto al perfil profesional digno de un catedrático; ahora el “profesor borracho” supone un paso más en la manera ácida que el autor muestra al juzgar el tema de la educación de un país. Con universitarios crápulas descerebrados que no van ingenuamente (como la *troula* de *La casa de la Troya*) de serenata en serenata; sino de borrachera en borrachera; sin producir ni dar ejemplo de nada, no tiene sentido ningún anhelo educativo europeizante.

UN BILDUNGSROMAN HUMORÍSTICO DE LA ETAPA DEL COSTUMBRISMO UTÓPICO: “EL SECRETO DE BARBA AZUL” (1923)¹³

El humorismo se funde en estructuras de aprendizaje en la novelística del periodo del “costumbrismo utópico”. Y el autor somete las cuestiones educativas a una exigente prueba de degradación tragicómica, que en el fondo revela cómo el problema no le resulta nunca indiferente. Humorismo que, además, funciona como recurso expresivo amortiguador de la honda insatisfacción intelectual y aun personal que alimenta la totalidad de su obra literaria.¹⁴ Hay una mirada europeísta indudable en estas novelas “del espino

¹³Sigo la novela por la edición de Espasa Calpe, 5ª ed., 1972.

¹⁴La crítica ha insistido en señalar el humor y la paradoja como recursos estructurantes de la obra del escritor (Echeverría Pazos, 1987; Varela Barroso, 1994). En la larga entrevista concedida por el escritor a Marino Gómez-Santos, incluida en libro (*Wenceslao Fernández Flórez*, Barcelona: Ediciones Cliper, 1958; y que recojo de la reproducción de *Hibris. Revista de Bibliofilia*, 15, mayo-junio 2003, págs. 1-20), Fernández Flórez se expresa del siguiente modo ante el entrevistador: “El humorismo es una actitud ante la vida. Eso se refleja en que el escritor es siempre un descontento. Entonces, para exteriorizar esta disconformidad escribe sus novelas” (15). En esa misma entrevista pondera de modo particular el resultado logrado precisamente en novelas como *El secreto de Barba Azul* y *Las siete columnas*: “Si se aparta el *Quijote*, el humorismo lo he traído yo, porque vamos a ver: ¿qué novelas hay de una intención y de un carácter similar al de mis “Siete columnas” y “*El secreto de Barba Azul*”? (14).

en flor”¹⁵ (en *El secreto de Barba Azul* y *Las siete columnas* de forma paradigmática), pero también en los escritos periodísticos de esta época, de los que asimismo se deduce un escepticismo total ante las posibilidades reales de reeducación de un país.

El secreto de Barba Azul es tal vez la novela más impregnada de contenido educativo, hasta el punto de que toda la historia está sazonada de situaciones y personajes episódicos fuertemente inmersos en la temática escolar. Al tiempo es “la más pesimista y la más tristemente aleccionadora de todas sus novelas”, (Paz Díez Taboada, 2002: 37) donde el autor logra un manejo aceptable de la alegoría como modo de apelar a lo educativo. La obra se ajusta nuevamente al esquema de *Bildungsroman*. Eso sí, la mirada humorística resulta siempre hipertrofiada, en comparación con el tono irónico suave que suelen presentar los clásicos del aprendizaje alemán.¹⁶ La

¹⁵ Junto a *El secreto de Barba Azul* y *Las siete columnas* hay que consignar también *Relato inmoral* y tal vez *Los que no fuimos a la guerra*.

¹⁶ Un mínimo acercamiento al género alemán exige, al menos, una breve glosa de las propuestas de algunos críticos. Michael Beddow (1982: 5) reivindica para el *Bildungsroman* una finalidad supratextual, al subrayar la importancia del final de la novela para ser retomada por el lector. Subraya las virtualidades extraordinarias del género para comprender la naturaleza humana, aspecto que no puede ser aprehendido por la mera exposición o argumentación ideológica o por una obra de ficción excesivamente mimética de la realidad. Rolf Selbmann (1994), por su parte, en una valiosa síntesis sobre el *Bildungsroman* alemán, estudia las piezas más significativas del género producidas en los siglos XVIII, XIX y XX, ajustadas todas ellas a una teoría sobre el concepto genérico que este crítico formula. Para él un *Bildungsroman* es aquel en que la formación queda “tematizada” como discurso narrativo central, como instancia unificadora de toda la novela. Y, no cabe duda, Fernández Flórez pretende asimismo tematizar el concepto de educación en su novela. En el ámbito español, hay que señalar la investigación de M^a Ángeles Rodríguez Fontela (1996) quien resume de forma ecléctica los siguientes elementos caracterizadores del género. 1º El *Bildungsroman* se manifiesta históricamente a finales del siglo XVIII en Alemania, como consecuencia de estímulos literarios y extraliterarios favorables. 2º El género certifica la mayoría de edad de la novela. 3º Lo novedoso es la capacidad formativa y modeladora que los acontecimientos novelescos tienen sobre la personalidad del protagonista. 4º De la conflictividad del sujeto con el mundo, el protagonista obtiene “autoconocimiento” de su propia identidad. 5º Importa la participación del lector en el proceso formativo. 6º Ausencia de final armónico. 7º Reflejo de la propia conformación de la historia de la humanidad. Todo ello lleva a la investigadora a proponer un nuevo término para definir el subgénero. Dado que el proceso

figura del profesor está subordinada a la del educando y lo que prima es la autoformación con la ayuda del preceptor en su papel clásico de ayudante.

La novela arranca con una conspiración para arreglar los males de la patria en la que Mauricio, el protagonista, se ve estimulado a participar guiado por el primer preceptor, el anciano Michaelis, Gran Cordón de la Orden de San Pedro. Lleno de juventud (tiene veinticinco años), el héroe novelesco siente también la preocupación que obra como móvil en este tipo de novelas: “el sentido de la vida”. El maestro, a partir de la máxima “Nuestra felicidad es el precio del conocimiento”, se aplica a su misión educativa. Como en el cuento que da título a la novela, el héroe busca la habitación prohibida, que irremediablemente aboca al dolor: “Como las mujeres de Barba Azul no podían borrar la mancha de sangre después de conocer la habitación prohibida, así no se puede borrar nunca del espíritu la melancolía de saber la verdad” (12).

El viejo maestro señala cuál es el verdadero sentido de la vida humana: la patria. El aprendiz ha salido de su entorno y ha participado, movido por patriotismo, en la conspiración que entroniza al príncipe Reginaldo para cuidar los destinos de su patria. Al calor de la solemnidad de la llegada del príncipe, el narrador alude al “problema pedagógico nacional” (20) que deprime a ese pueblo, claro trasunto de España. Pocas escuelas, tasas de analfabetismo de sesenta por ciento, en medio de estudiantes entusiastas que festejan el cambio político. Hay ministro de Instrucción Pública que ordena que los alumnos de las “Escuelas municipales” entonen el himno cuyo aprendizaje —se dice irónicamente— “habían invertido las seis horas de clase de todo el curso” (27).

El catecúmeno supera el rito iniciático del ingreso en la Orden, que tiene lugar en la cubierta del barco. Y el narrador sigue perfilando la situa-

de formación es tal en tanto que autoformativo, denomina a estas narraciones, “novelas de autoformación”.

ción educativa del país alegórico de Surlandia, anotando ahora los males de la enseñanza universitaria.¹⁷ Los príncipes descubren una lápida conmemorativa en el Paraninfo de la Universidad en la que se agrupan “una muchedumbre de catedráticos, suplentes y de catedráticos auxiliares y de catedráticos en propiedad y una nube de estudiantes que agitaban sus gorras de terciopelo, recibieron al prócer en al escalinata” (39). Se azuza sobre la crítica académica universitaria por medio del cuento interpolado que presenta a doce grupos de sabios, cada uno de los cuales defiende un mes del año como fecha en la que sucedió un hecho.

Y como plasmación novelesca de la sátira universitaria, se focalizan las acciones de los profesores Zig y Zag, las dos “lumberas universitarias” que guían la visita a las aulas:

Ambos ascendidos a ministros, de la Marina y de la Gobernación, respectivamente, por mor de su cercanía al poder; ninguno de los dos había concurrido nunca a las cátedras, pero su labor de educadores era sobradamente conocida en Surlandia (42).

El señor Zig había publicado un volumen en el que probaba que el atraso de la cultura nacional se debía a la falta de atención de los alumnos. En ese libro recogía las opiniones de Zichen, Wundt y otros autores extranjeros, que aseguraban que cuando se oye con atención las cejas se elevan, en la frente se forman pliegues horizontales, la boca permanece abierta y es lenta la respiración. Reproducía cartas de doscientos profesores surlandeses que certificaban no haber visto a ningún alumno suyo con tal expresión en todos los días de su vida. Y dedicaba numerosos capítulos a convencer al Gobierno

¹⁷Hay que consignar el parentesco parcial de esta obra con un grupo de novelas de las dos primeras décadas del siglo XX, de costumbres universitarias, cuyo modelo es *La casa de la Troya* (1915) de Alejandro Pérez Lugín. Es verdad que lo que prima a veces en ellas es el recuerdo complaciente y nostálgico de la juventud, o el erotismo franco en algunas otras muestras que eliminan por completo la figura del profesor y la anécdota académica. Es importante la lucha por la subsistencia que impele al joven a aguzar el ingenio para poder comer o, las más de las veces, para satisfacer las necesidades de otro tipo. Las bromas y gamberradas constituyen elementos anecdóticos, pero importantes para la confección de estas novelas. Aun así subyace a veces una línea crítica (casi siempre mediante los procedimientos expresivos de la sátira) al sistema académico universitario, a través de la ideación de pintorescos personajes profesores descritos peyorativamente con técnicas caricaturescas. Y algo de esto hay en la novela de Fernández Flórez.

de la necesidad de disponer por real orden —si se quería salir de tan humillante atraso— que durante las horas de clase fuese obligatorio para todos los estudiantes tener las cejas altas, la boca abierta y la frente llena de arrugas horizontales (42).

No falta el profesor de Historia, que:

Solemnizaba todos los aniversarios de los grandes hechos nacionales concediendo asueto a sus discípulos. Como la historia de Surlandia era incomparablemente pródiga en heroísmos, victorias y demás gloriosas ocurrencias (...) tan sólo se celebraba la clase de dos a tres veces por curso. Este sistema, sobre ser altamente patriótico (y así lo hizo observar Sottero), desarrollaba en los alumnos una plausible afición a investigar minuciosamente las fechas de los acontecimientos históricos de su amada patria (45).

Siguen otras secuencias disparatadas en las que se entreveran contestaciones de los alumnos ante preguntas “ad hoc” lanzadas por el profesor, delante de las autoridades con resultado similar a las respuestas recogidas en las antologías del disparate académico. “¿Qué son los ácidos?... son cuerpos compuestos que atacan el azul vegetal. Atacan también al hierro, atacan el cobre, atacan al plomo... atacan a todos los metales... Puede asegurarse —añadió el alumno, ansioso de dar fin a su suplicio— que atacan, en general, a todo el mundo” (43).¹⁸

En el capítulo cuatro aparece la contrafigura del anciano Michaelis en el personaje Wladimiro Kull, que se convierte en el otro mentor del joven, definido como “escéptico”, no filósofo, sino “hijo del aburrimiento”

¹⁸La sátira de aprendizajes universitarios aparece en la novela de costumbres universitarias, género, como decimos, del que a veces el autor no se encuentra tan alejado. Por ejemplo, *Silencio* podría haber dado lugar a una novela de ese tipo, aunque Fernández Flórez prefiere finalmente reconducir el asunto hacia la frustración personal del protagonista ya fuera de las aulas universitarias. Y sátira universitaria hay también en *Aventuras del caballero Rogelio de Amaral*, con el personaje catedrático de Oftalmología vano y ridículo “que tiene fervor por los chalecos blancos”. Esta última novela puede encontrarse en Wenceslao Fernández Flórez, *Aventuras del caballero Rogelio de Amaral*, Madrid: Editorial Pueyo, 1933.

(56).¹⁹ A partir de ese momento el joven recibe amonestaciones contradictorias que derivan de las concepciones opuestas de las dos figuras profesoras, las cuales inciden en la disolución de los valores. Pero el golpe político ha fallado y la comitiva conspiradora, integrada por maestros y discípulos, presiente un futuro difícil. El poeta áulico (sigue la caricatura de las distintas modulaciones del intelectual) está en estado de convalecencia al igual que el héroe Mauricio Dossart. La estancia en la cárcel, a la que son conducidos como prisioneros, sirve al narrador para hacer excursos sobre el sistema penitenciario como sostén del Estado.

Llega pronto la orden de libertad y los “cuatro fugitivos” van derechos al palacio ducal. El joven Mauricio entra en la senda del amor, como lo corroboran los relatos intercalados de temática amorosa. Cree que “ha abierto el cuarto de Barba Azul” al encontrar en el sentimiento amoroso la clave de la felicidad, espoleado además por el “poeta”. Las enseñanzas, sin embargo, se enderezan enseguida a subrayar que el amor entre el hombre y la mujer constituye uno de los engaños más importantes que ha de afrontar intelectualmente el joven que estudia en la escuela de la vida. Supera, como es normal en la novela de formación, la prueba de la iniciación sexual con la amazona Adriana, al tiempo que crece su amor por Marta con la que, previa autorización del maestro Gran Cordón, va a casar (“Haga usted de sus hijos buenos servidores de la patria”, 141).

Al viejo maestro, que ha cumplido su misión educativa con el discípulo, no le queda más salida que la retirada, forzada porque a él no le ha sido concedida la amnistía política. Es ya Wladimiro Kull el maestro principal de Mauricio. El capítulo diez presenta una elipsis temporal con un Dossart residente en un castillo mientras “rumia” la decepción matrimonial. El esquema novelesco exige el desplazamiento espacial, y ahora el héroe quiere

¹⁹Paz Díez Taboada (2002: 33) relaciona este personaje con los barojianos Silvestre Paradox (por su extravagante afán de aventura) y con el doctor Iturrioz de *El árbol de la ciencia* (por ser el “preceptor de vida” de Dossart).

marchar a la ciudad. Siguen las enseñanzas sobre el amor (en la tertulia de la casa del poeta Assia, que ha “cambiado de chaqueta” y se ha convertido en preceptor del heredero, se charla sobre el amor y la carne). Pero todas las lecciones del aprendizaje del amor apuntan al desengaño y a la ilusión: “El amor es sólo una ilusión”. Esta tesis queda confirmada en el capítulo once, con el maestro Kull preso en el castillo de Dossart, donde narra su propia historia con el tono zumbón que le es propio, al par que indaga sobre las claves del amor. El tedio, palabra recurrente en esta novela y en toda la obra de Fernández Flórez, lo inunda todo.

El maestro Kull sigue suministrando relatos didácticos a Mauricio por medio de los cuales se apunta a otro eslabón de la cadena del pensamiento sobre el gran tema del amor. “El amor es sólo el camino que conduce a la paternidad”, antes ha acudido a una cita amorosa embriagadora con una extranjera. La novela llega a su fin con un capítulo, el doce, “De cómo Dossart estudia la carrera de padre”, de alto contenido humorístico, que sigue inquiriendo por el sentido de la vida, con una sátira cientifista que recuerda no poco a la novela *Amor y pedagogía*. Como el protagonista de Unamuno, Mauricio se halla dominado por una tendencia a lo trascendental que lo inhabilita para la vida natural:

Persuadido de esta verdad, en la que meditó largamente, Mauricio se entregó a un estudio copioso, aunque desordenado, de cuanto pudiese tener relación con la eugenesia. Se preparó para ser padre como podría prepararse para ser ingeniero o agricultor. Leyó a filósofos y a médicos, a naturalistas y a sociólogos; buceó en Celso y en Aristóteles, y en Darwin y en Haeckel, en Jorge, en Weismann, en Hering, y también en vulgares tratados de higiene; se abismó en la ontogenia y en la filogenia; comprendió los fenómenos de engrafía y de ecoria, y oyó dar las horas de la medianoche desentrañando el misterio de atavismo (...) (215).

Quiere engendrar, como Avito Carrascal, conforme a los postulados científicos: “No, no era cosa fácil eso de engendrar conforme a los predicados científicos” (216). Considera ahora a su esposa con unos nuevos ojos, y

proyecta, al amparo de las técnicas eugenésicas, la concepción del vástago: “En la operación que proyectaba, él era el químico, la inteligencia directora, y ella el crisol donde iba a formarse el cuerpo preciosamente calculado (...) después de muchas cogitaciones encuentra Mauricio el día apropiado: “Mañana será nuestro día eugenésico” (216-218).

Sigue la interlocución entre el maestro Kull que amonesta sobre la disolución de la institución de la familia: “¿Para qué quiere usted los hijos, pobre idiota? La familia existió cuando el hombre era débil y su organización social defectuosa y primaria. La familia consumió las más preciosas energías de personas que pudieron ser utilísimas a la Humanidad” (224). El intento programado de concebir el hijo se salda con estrepitoso fracaso “debido acaso al sobresalto del despertador que ha sonado a la hora intempestiva a la que había sido programado”. Y la novela se cierra con un epílogo, tras elipsis temporal de treinta años (normal a veces en el género formativo clásico), que hace balance de la vida del héroe para redondear el sentido de la obra: la vida no tiene meta y lo único que hay en ella es tedio, de igual modo que el secreto del misterioso cuarto de Barba Azul es que está vacío.²⁰

Los distintos expedientes narrativos para la presentación de las lacras educativas se saldan siempre en un agnosticismo radical (el “análisis de una insatisfacción” que hace José-Carlos Mainer en su libro). La voluntad moralizadora del autor queda modelada en la novela por medio de diferentes recursos literarios, uno de los cuales es la inserción de relatos breves dentro de un marco general. Esta técnica conecta con los procedimientos del “cuento medieval”, que incluyen las moralejas extraídas para dar ocasión al aprendizaje del discípulo. En tales anécdotas o relatos filtra el autor su par-

²⁰Ana María García Freire (2002:78) apunta a una suerte de “carpe diem” como propuesta de interpretación final del mito de *Barba Azul* en esta novela de Fernández Flórez.

ticular humorismo, con concesión, a veces fácil, al “humus” en el que se ha levantado toda la generación de sus coetáneos humoristas de *La Codorniz*.²¹

En definitiva, estos dos personajes preceptores, lo mismo que sucede con los dos mentores de la novela siguiente, *Las siete columnas* (1926)²² (el epicúreo Alberto Truffé y el ascético Marco Massipo), se insertan en el entramado novelesco con la función auxiliar de hacer avanzar el debate a propósito de las claves del conocimiento. Son portadores de una visión filosófica de la vida que trata de inculcarse en el héroe discente y, aunque en ellos se obtenga un retrato eficaz de su trayectoria vital, el narrador obvia (como suele ser normal en el género) informaciones que pudieran dotar de más entidad al personaje. Apenas se dan rasgos físicos y todo lo más se presentan vagos recuentos de la trayectoria vital, como en el caso de Michaelis en los momentos antes de su muerte (155 y ss.). La novela conecta por aquí con la modalidad de sátira política cultivada en época ilustrada y que resulta aprovechada también en algunas novelas canónicas de formación, como *Agathon* (1767) de Wieland. De ahí que estos mentores puedan abocetarse con rasgos afines a los de las novelas alemanas. Mainer (1975: 205) ha observado bien cómo los dos preceptores que orientan la autoformación de Mauricio tienen que ver con los dos preceptores de *La montaña mágica*, conviniendo con López Criado que estas novelas críticas de la condición humana “no alcanzan la trascendencia filosófica y social de Mann” (2002: 26). Se trata de mentores defensores de idearios educativos contrapuestos o complementarios que ensanchan el abanico de posibilidades que se presentan ante el discente.

La querencia por el modelo canónico de formación puede rastrearse hasta la fase final de la trayectoria literaria del autor. A esta luz, aún cabría vincular una novela tardía importante de la segunda fase del costumbrismo

²¹En ello insiste Jesús Ríos Vicente, quien anota en esta novela, y las otras de la misma época, “una intención plenamente filosófica” (2002: 98) y entiende su humor como “elemento de catarsis y liberación” (116).

²²Wenceslao Fernández Flórez, *Las siete columnas*, Madrid: Espasa-Calpe, 1979, 7ª ed.

utópico, como es *El bosque animado* (1943), que a primera vista parece no tener nada que ver con el *Bildungsroman*, pero que podría conectar parcialmente con la literatura educativa europea al invocar, al modo de novelas como *El verano tardío* de Stifter, una suerte de “quietismo utópico” que invita al lector permanentemente a dejarse llevar por la voz de la naturaleza.

Y por lo que respecta al personaje docente, resulta todo un síntoma que en una novela de época de decaimiento, dé el protagonismo a un profesor de cultura física para llevar al máximo extremo el experimento de “contrahacer” esa figura. En *El sistema Pelegrín*, en efecto, (publicada en 1949),²³ el escritor pretende hacer valer su sistema literario humorístico explorando los pormenores del itinerario vital y profesional de ese personaje protagonista, descrito como un ser bajito, de poco peso y con grandes mostachos. Toda la narración, jalonada con títulos que remedan a los del *Quijote*, da cabida a un hilvanado de escenas absurdas protagonizadas por este profesor, fichado por el Colegio Ferrán para incorporar al proyecto educativo del mismo su teoría pedagógica. “La gimnasia que me propongo enseñar a ustedes será moral y social, y resultará útil para todas sus actividades. “Bello lema éste, que nadie antes que nosotros había adoptado: “gimnasia social y moral”” (25). A tal desiderátum educativo obedece la sarta de acciones disparatadas que se suceden en la práctica docente relatada.

CONCLUSIÓN

La figura del profesor, preceptor o maestro puede servir como laboratorio del que extraer análisis extrapolables a toda la obra literaria de Wenceslao Fernández Flórez. Una primera indagación sobre este personaje lleva a la consideración de novelas educativas del ciclo naturalista (*La procesión de los días* y *Silencio*) que podrían situarse, en algún sentido, al rebufo de las más representativas de Azorín, Baroja, Unamuno o Pérez de Ayala.

²³Esta novela “de un profesor de cultura física” se lee en Wenceslao Fernández Flórez, *El sistema Pelegrín*, Zaragoza: Librería General, 1949.

Podría pensarse que Fernández Flórez se dispone a trazar en ellas una suerte de “contrafactum” a las aportaciones señeras de aquellos escritores intelectuales, azuzando sobre la sátira del intelectual. Pero la voluntad educadora del autor queda modelada de manera más expresiva en las narraciones del ciclo del “espino en flor” (en *Las siete columnas* y especialmente en *El secreto de Barba Azul*) a través del esquema narrativo cercano al *Bildungsroman* alemán. Hay en ellas incorporación de personajes maestros filósofos y sátira académica universitaria, haciendo valer un sistema expresivo que descansa en el tratamiento humorístico de la materia, con inserción de relatos didácticos medievalizantes de los que se desprenden distintas moralejas para dar ocasión al aprendizaje del discípulo.

BIBLIOGRAFÍA

Novelas de Wenceslao Fernández Flórez

- FERNÁNDEZ FLÓREZ, Wenceslao (1954), *La procesión de los días, Obras Completas*, I, Madrid: Aguilar, pp. 25-150.
 — (1954), *Silencio, Obras Completas*, I, Madrid: Aguilar, pp. 531-598.
 — (1989), *Volvoreta*, edición de J. C. Mainer, Madrid: Cátedra.
 — (1972, 5ª ed.), *El secreto de Barba Azul*, Madrid: Espasa-Calpe.
 — (1979, 7ª ed.), *Las siete columnas*, Madrid: Espasa-Calpe.
 — (1933), *Aventuras del caballero Rogelio de Amaral*, Madrid: Editorial Pueyo.
 — (2002), *El bosque animado*, edición de J. C. Mainer, Madrid: Espasa Calpe.
 — (1949), *El sistema Pelegrín. Novela de un profesor de cultura física*, Zaragoza: Librería General.

Otras referencias bibliográficas

- BEDDOW, Michael (1982), *The Fiction of Humanity. The Bildungsroman from Wieland to Thomas Mann*, Cambridge: Cambridge University Press.
 BLY, Peter A. (1979), “Sex, Egotism and Social Regeneration in Galdós *El caballero encantado*” *Hispania*, 62, pp. 20-29.
 DÍEZ FIGUEROA, Rebeca (2002), “El substrato folclórico gallego en Wenceslao Fernández Flórez: *Fantasmas*”, en *Wenceslao Fernández y su tiempo*, La Coruña: Ayuntamiento de La Coruña, pp. 61-70.
 DÍEZ TABOADA, Paz (2002), “Las Puertas de Barba Azul”, en *Wenceslao Fernández y su tiempo*, La Coruña: Ayuntamiento de La Coruña, pp. 31-38.
 ECHEVERRÍA PAZOS, Rosa María (1987), *Wenceslao Fernández Flórez, su vida y su obra: creación, humor y comunicación*, A Coruña: Diputación Provincial.
 GARCÍA FREIRE, Ana María (2002), “La mujer en la obra de Wenceslao Fernández Flórez: *Volvoreta*, *El secreto de Barba Azul*, *Visiones de neurastenia* y *El malvado Carabel*”, en *Wenceslao Fernández y su tiempo*, La Coruña: Ayuntamiento de La Coruña, pp. 71-82.
 GÓMEZ-SANTOS, Marino (1958), *Wenceslao Fernández Flórez*, Barcelona: Ediciones Cliper (Conversación con Wenceslao Fernández Flórez reproducida en *Hibris. Revista de Bibliofilia*, 15, mayo-junio 2003, pp. 1-20.)

- LÓPEZ CRIADO, Fidel y otros (eds.) (2002), *Wenceslao Fernández Flórez y su tiempo: evasión y compromiso en la literatura española de la primera mitad del siglo XX*, La Coruña: Ayuntamiento de La Coruña.
- (2002), “Recepción crítica de Wenceslao Fernández Flórez: el canon y la historia de la literatura”, en *Wenceslao Fernández Flórez y su tiempo: evasión y compromiso en la literatura española de la primera mitad del siglo XX*, La Coruña: Ayuntamiento de La Coruña, pp. 19-30.
- MAINER, José-Carlos (1971), “Wenceslao Fernández Flórez, un noventaiocho olvidado”, *Papeles de Son Armadans*, 184, pp. 23-42.
- (1975), *Análisis de una insatisfacción: Las novelas de W. Fernández Flórez*, Madrid: Castalia.
- MATURE, Alabert Phillip (1968), *Wenceslao Fernández Flórez y su novela*, México: Ediciones de Andrea.
- RÍOS VICENTE, Jesús (2002), “Amor, ternura y crítica social (La experiencia filosófica de W. Fernández Flórez)”, en *Wenceslao Fernández Flórez y su tiempo: evasión y compromiso en la literatura española de la primera mitad del siglo XX*, La Coruña: Ayuntamiento de La Coruña, pp. 93-118.
- RODRÍGUEZ FONTENLA, María de los Ángeles (1996), *La novela de autoformación. Una aproximación teórica e histórica al Bildungsroman desde la narrativa española*, Oviedo, Kassel: Universidad de Oviedo.
- SELBMANN, Rolf (1994), *Der Deutsche Bildungsroman*, Stuttgart-Weimar: Verlag J. B. Metzler.
- VARELA BARROSO, María Luisa (1994), *Wenceslao Fernández Flórez: reivindicación de la paradoja*, A Coruña: Ayuntamiento de A Coruña.
- VILLANUEVA, Darío (1985), “Fernández Flórez: de Valle-Inclán y el Modernismo a la Posmodernidad”, en *Wenceslao Fernández Flórez (1885-1985)*, ed. de César Antonio Molina, La Coruña: Ayuntamiento de La Coruña, p. 33.

recibido: noviembre 2009

aceptado: abril 2011